

EL SANTUARIO DE RIBAS

I

AL asistir con fe devota, y, anualmente, con mi mujer, a la fiesta principal que en este santuario se celebra en honor de su titular, el milagroso Cristo de los Afligidos, el día 29 de septiembre; al contemplar aquella muchedumbre de romeros, que pasaran de los 10.000, descalzos unos, que vendrán; Dios sabe desde dónde!, con los corazones enfebrorizados y en las manos acariciadoras la ofrenda; otros, temblorosos de amor, descendiendo de la carretera al frondoso valle por una angostura, marchando de rodillas al templo, con el pensamiento en Cristo,

las carnes ensangrentadas y el cuerpo erecto, cual si quisieran sobreponerse al dolor, se agolpan en mi mente vagos, suaves y deleitosos recuerdos, acuciándome a la oración por mis padres queridos, los cuales me llevaron a esta romería cuando apenas contaba yo seis años; pero también acuden a mi memoria, como una repulsa, la frase de Azaña, acerba e hiriente como agudas espinas, al decir que «España había dejado de ser católica».

El patético y bellissimo cuadro, lleno de religiosidad, de color y de vida que acabamos de describir con una levisima pincelada, digno de figurar en un tapiz de Goya, da un profundo mentís a la

afirmación del presidente de la República, inspirado, tal vez, por malsana pasión o por un impulso irreflexivo.

Me llena de subjetivos encantos esta romería, por el espíritu de hermandad que en ella existe, tratándose de un número de individuos distintos de sexo, edad y condición social, pero vinculados estrechamente por sus anhelos y sentimientos fervorosos en Cristo. Todos ellos llevan en su rostro pintada la alegría que da la viva fe, olvidados del quehacer cotidiano en este deleitoso remanso espiritual, en el que se me antoja ver a las muchedumbres que seguían a Jesús en la predicación, o una estampa de las Fidicias o reuniones del pueblo espartano, establecidas por Licurgo, su rey, con el fin de estrechar lazos amorosos entre los ciudadanos de todas las categorías sociales.

No. España no ha dejado de ser católica, porque como dijo el protomártir don José Calvo Sotelo en el Congreso de los Diputados: «Saber morir con gloria, antes que vivir con vilipendio». Las fechas del 2 de mayo de 1808, contra Napoleón y los afrance-

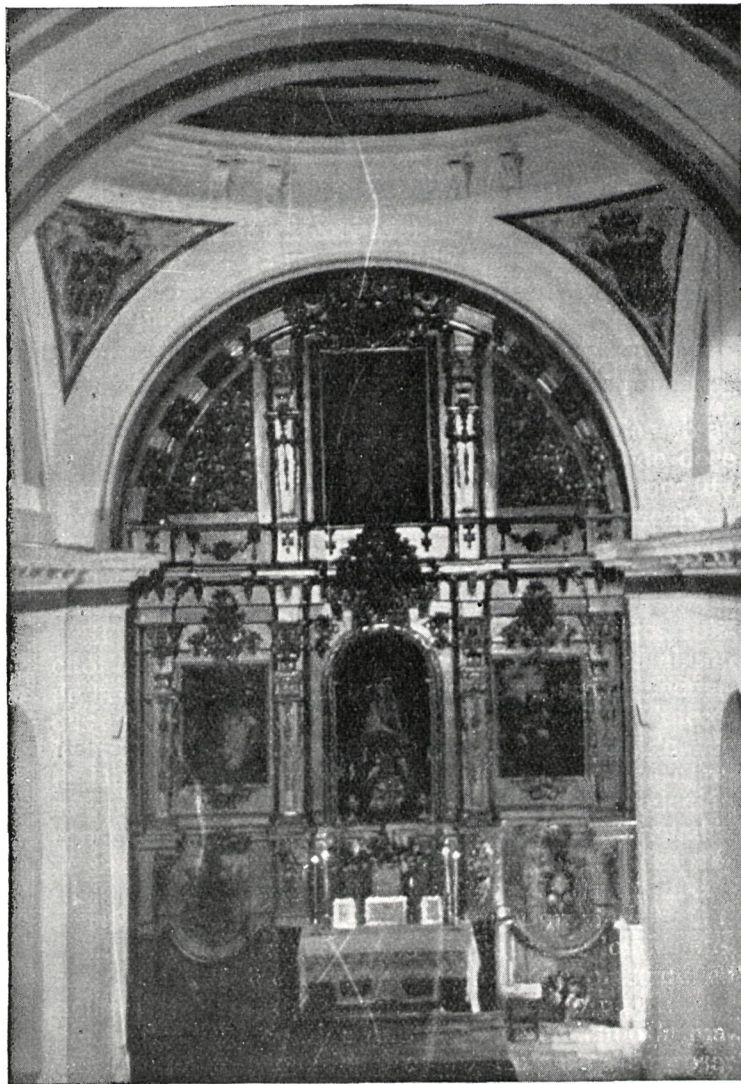
sados, y la del 18 de julio de 1936, contra el comunismo y la masonería, hablan con claridad meridiana. Lo que ha hecho España es aumentar su catolicidad, corroborándolo el mayor número de personas que van a misa; el aumento de las comuniones diarias y, sobre todo, la caridad. Pero tenemos que advertir que este fenómeno de recristianización no se observa solamente en nuestro país, sino en toda Europa, parejo con los descubrimientos de la ciencia moderna, singularmente del átomo.

El hombre, en todas las épocas del mundo, fué religioso, porque el Creador grabó en su mente la idea de un ser Superior y Eterno. Consiguientemente, todos los pueblos de la paz de la Tierra, en sus endogénesis u origen, adoraron a sus múltiples divinidades, como Egipto, Grecia y Roma a sus dioses. Agamenón, el héroe de la guerra de Troya, sacrificó a su hija Efigenia para impetrar de aquéllos el viento favorable para sus naves. Creo que el rey de la Creación, antes de ser un animal político, como asevera Aristóteles, es un ente religioso, cual afirma Scheler.

Precisamente nuestros primeros pobladores, los Iberos o Tubalitas, y más tarde los Celtíberos, se distinguieron, no sólo por su religiosidad, sino que también por su indomable patriotismo, como lo demuestra la apocalíptica defensa de Numancia y Sanguito, maravillosas virtudes que heredamos de aquellas milenarias generaciones, como si en el fondo de nuestra alma estuviesen latentes estos dos nobles impulsos atávicos, que rebrillan como dos luceros en el cielo purísimo de nuestra Historia.

Desde San Isidoro, San Hermenegildo y Recaredo, esos dos tiernos sentimientos sensibilizadores del hombre, que tienen el mismo origen divino, forman tan estrecho vínculo en España, que ambos constituyeron un solo ideal, el cual nos unió con lazos indestructibles para llevar a cabo las más grandes empresas y formar nuestra nacionalidad. La Cruz y la Espada van unidas en nuestra Historia como el alma y el cuerpo.

Del grado de religiosidad de los españoles nos daremos perfecta cuenta con la contemplación de nuestras catedrales, estas bellísimas sinfonías de piedra labrada con el cincel del amor a Cristo y a su Santísima Madre, que más parecen obras de tintanes que



realidad humana; en la forma única y sin rival que tenemos de conmemorar la Semana Santa en pueblos y ciudades, en cuyos días pervive un halo de dolor en los corazones durante los días de Pasión, y en los numerosos santuarios y ermitas levantadas en la peña, el cerro, el valle y el collado por la devoción a sus santos patronos, y que son motivo de pintorescas romerías, como la del Santo Cristo de Ribas. Sólo en la provincia de Madrid, el cultísimo escritor don Antonio Velasco Zazo, tiene catalogadas 284 antes de nuestra guerra de Liberación, habiéndose perdido algunas de éstas, según nos manifiesta en un interesante artículo publicado en la presente y bella revista el primer cronista matritense.

II

Después de la inserta digresión, hora es ya de que hablemos del Santísimo y milagroso Cristo de los Afligidos, venerado con encendido fervor en todos los pueblos del partido de Alcalá de Henares y muchas almas de la Corte de los Felipes, por el hecho de haber recibido dos veces culto público en épocas e iglesias distintas. Tan preciosa joya escultórica, como pueden apreciar mis queridos lectores en la bella fotografía que publicamos de la procesión vespertina en el día solemne de la fiesta, fué esculpida por el eminente imaginero Juan Rodríguez, discípulo de Gregorio Hernández y devoto admirador de Berruguete, el Miguel Angel español, que, con el Montañés, Alonso Cano, Salzillo y algunos más, dejaron una riqueza inmensa en imágenes prodigiosas procesionales del arte puro español, saturado de fuerza expresiva, de ciencia anatómica, de valiente vigor en el modelado y acusado realismo, expresado con nobleza, exenta del menor carácter repulsivo; bellas cualidades que podemos observar en la talla del Divino Cristo de Ribas. La exquisitez espiritual de nuestros artistas ha sabido plasmar con sus cinceles, no solamente su religiosidad, sino la de todos los españoles.

Esta imagen magnífica, que perteneció a los nobles Condes de Benavente, fué adquirida en un rescate por el venerable Fray José del Espíritu Santo de la Redentora Orden de la Merced de María y colocada en la iglesia de Santa Bárbara, de Madrid,

con gran regocijo de la Comunidad y de los fieles, mandándola policromar, con el fin de encender en las almas la fe y el amor a Jesús; despertar el sentimiento, impregnado al corazón de espíritu cristiano. Y en efecto, el artista que lo llevó a cabo se inspiró en la milagrosa aparición de Jesús, todo llagado; a San Pedro Pascual, Arzobispo de Valencia, representando a esta divina imagen de Cristo en el lastimosísimo estado que el Señor quedó después de sufrir la inhumana flagelación de los bárbaros sayones romanos.

En la Semana Santa del año de 1654, la población madrileña admiró devotamente en sus calles esta sobresaliente joya del arte imaginero, y, posteriormente, fué trasladada al convento de los Padres Mercedarios de Ribas, fundado en 1603 por la piadosa dama doña Beatriz Ramírez, Condesa de Castelar, noble señora descendiente del ilustre guerrero de la Corte de Don Rodrigo, don Gracián Ramírez, dueño de un fuerte castillo en Ribas, la antigua Ripia Carpetana Romana, reedificada por Alfonso VI de Castilla.

Dicho convento fué consagrado a Santa Cecilia, por haber existido en este mismo sitio una ermita dedicada a esta hija del Señor, milagrosamente hallada por un pastor en el año de 1150.

Maravilloso es el sitio donde está situado dicho cenobio. Sobre una alta peña que besa el Jarama, entre dos altísimos y áridos cerros, que parecen dos penitentes en oración perpetua desde la era terciaria del mundo, se levanta ese inmueble, construído con piedra, de sencilla traza barroca, desde el cual se domina la extensa vega del río, como un dilatado océano de verdor; y al Suroeste, contemplamos el frondoso valle, de pequeño horizonte, circundado de pelado monte, que forma acusado contraste con la feracidad de la vega.

En este bello panorama echamos de menos las sendas vacadas de reses bravas, que dijo el poeta: «No en las vegas del Jarama —pacieron la verde grana—nunca animales tan fieros—, junto al puente que se llama—, por su peces de vivero»; pero sí podemos ver la célebre higuera que, si no es estéril como la de la Biblia, no puede alcanzar su fruto la mano del hombre, por estar como colgada en el centro de una altísima escarpa formada por las

aguas del río, y que la musa popular canta: «En el Cristo de Ribas —hay una higuera—, que el que come sus higos—, allí se queda».

En esta filial morada de la Orden Mercedaria, gloria de España, fundada por San Pedro Nolasco, fué donde el gran poeta don Angel Saavedra, Duque de Rivas, escribió su popularísimo y romántico drama «Don Alvaro o la Fuerza del Sino».

Con los múltiples milagros con que la divina imagen favoreció a sus devotos, se intensificó la fe en los moradores de los pueblos limítrofes, haciéndose insuficiente la capacidad de la capilla para contener tan extraordinario número de almas que venían a orar con encendido fervor a Jesús, por lo que el Comendador del convento, Fray Bartolomé de la Santísima Trinidad, comenzó la construcción de otra, mucha más amplia, que se conserva en la actualidad, de estilo barroco, con cúpula, linterna y pechinas, que ostentan pintados los cuatro reformadores de la Merced, terminándose en 1675 con limosnas de los diecisiete pueblos circunvecinos y algunas familias de la Corte. El retablo mayor, de la misma traza y de buen gusto, ocupa todo el testero de la nave; del lado del presbiterio, cerrando el templo, una fuerte verja, del mismo estilo, donada por el marqués de Olivares.

Tres días duraron las fiestas religiosas y profanas para solemnizar la inauguración de la nueva capilla, trasladándose al bendito Cristo con toda pompa y majestad a la iglesia de Ribas, donde fué depositado. A estas solemnidades no sólo asistieron los nobles patronos del convento, sino muchas familias de la alta nobleza de la Corte, dignidades eclesiásticas y civiles, con muchísimas almas de los pueblecillos del contorno. En total, más de 10.000 personas, anhelantes de orar ante la milagrosa imagen del Cristo de los Afligidos.

Este cuadro tan halagador denota bien a las claras la devoción que tenía toda la comarca a su venerada imagen. Mas llegó un día, bien triste por cierto: el Gobierno decretó la expulsión de las Ordenes Religiosas, y, de consiguiente, el convento fué enajenado y la imagen del Señor de los Afligidos trasladada en 1837 a la popularísima iglesia de San Sebastián, de Madrid. Ciertamente que no por mucho tiempo, porque los señores Duques de Ribas entablaron

recursos contra tamaño despojo, como patronos del recinto religioso y encargados de su custodia y conservación, por ser legítimos descendientes directos de la fundadora doña Beatriz Ramírez, y ante las convincentes razones expuestas por los señores Duques, el Estado les otorgó el derecho de propiedad del convento y la imagen de Cristo, siendo ésta reintegrada a la capilla de aquél en 1842 con toda pompa y solemnidad.

Pero la deliciosa paz que se gozaba en el valle vino a turbarla el estruendo guerrero, y dejaron de resonar en él las oraciones, para dar rienda suelta a la blasfemia; los cánticos al Altísimo, trocados por el mortífero de la ametralladora y el horrísono tronar del cañón: había estallado la guerra de Liberación, para arrojar de nuestro suelo patrio a los enemigos de Cristo, de España y de nuestra civilización, y una de las brigadas enemigas internacionales, mandada por el tristemente célebre «El Campesino», ocupó el convento y su capilla, hasta que, acosado por las fuerzas nacionales, huyó en retirada forzosa; pero no sin antes prender fuego a este recinto religioso, quedando de él no más que los humeantes muros; retablo, imágenes, todo fué reducido a cenizas.

Por segunda vez la fe inextinguible de los Duques, fieles émulos de sus antepasados, restauraron la capilla, sustituyendo el desaparecido altar mayor por otro del mismo estilo y tamaño; son renovadas las imágenes; repuestos los ornamentos y vasos sagrados, lo que, indudablemente, exigió gastos cuantiosos a los cristianísimos Duques, para restablecer el culto al bendito Cristo de los Afligidos.

El valle de Ribas ha revivido y vuelto a ser morada del Señor; ya resuenan entre sus frondas los cánticos litúrgicos; su dulce umbría y recoleto silencio parecen una meditación de la naturaleza a su Divino Hacedor; la suave brisa del Jarama y la corriente de sus aguas susurran una oración al Omnipotente Rey de toda aquella comarca; millares de devotos corazones laten alborozados y suben sus preces hasta el cielo. Este bello paraje ha recobrado su risueña y mística fisonomía gracias a la fe cristiana de una nobilísima familia.

LUIS LOPEZ DE CASTRO

Itinerario del Guadarrama

NO salimos de Madrid y ya estamos metidos en el pueblo de Fuencarral. Nuevas edificaciones en bloques suplieron a viviendas míseras, comiéndose el espacio campesino que separaba, hasta no hace muchos años, a la urbe de la aldea. Lástima que algunas de estas barriadas semejen, vistas desde fuera, nichos de necrópolis, y, otras, caballerizas. En cambio, para compensar tan mal gusto arquitectónico, hay casas bellas, de nueva construcción, cargadas de tiestos, airosas y sencillas. Por aquí anda Pedro, el de los conejos, que sirve lepóridos auténticos, y no felinos disimulados, es decir, sin cabeza, y huele a eras y a establos, y a polvo de verano, hasta dar en ese soto montaraz donde luce su perfecta geometría el Asilo de San Fernando, la magnífica creación de la Diputación Provincial.

Comenzamos a ver mozos rubios y agostados, entre mendigos y gorriones pedestres, que ahora llaman, internacionalmente, «autostops». Llegan las encinas y los pinos, y surge el copioso caserío de Colmenar Viejo, apretado en torno a su magnífica iglesia y a su esbelta torre. Cuentan que las campanas fueron colocadas por un condenado a muerte, quien por

semejante servicio heroico salvó su vida, y uno ha oído en ese templo la voz de Fleta cantando el «Ave María» de Gounod. Pueblo grande y vaquerizo, de amarillo paisaje, de personal ganadero, por donde ya surge la cantera granítica y pastan los toros bravos, los bellos animales de nuestra fiesta nacional que llevan la media luna de su afilada cornamenta en lo alto de su noche negra y brillante. El Guadarrama de telón de fondo, brusco, duro y gris, afilado en cumbres y laderas, y la presa de Santillana, cristal y espejo para el desfile de las nubes de una Ascensión gloriosa.

Soto del Real, el pueblecito pintoresco, y luego, por una guardia frondosa de negrillos, robles y fresnos, Miraflores de la Sierra. Allí ya están presentes la mujer-pantalón y el hombre en mangas de camisa, profanando la sagrada virginidad bucólica y la razón humana del Paraíso perdido. ¡Esa fuente del Cura, la mal nombrada, donde el Guadalix, recién nacido, ve y lava las inmundicias humanas con inocencia de cachorro!

Al puerto de la Morcuera, hasta los 1.796 metros de altura, y a caer muellemente en el valle del Lozoya, para que Rascafría abra su abanico delicioso

y alce en su plaza un fabuloso árbol que vale por todo un bosque. Y, a dos pasos, el Monasterio de El Paular. Del siglo XV hasta nuestros días. De residencia real a refugio de cartujos. De San Bruno a parador de turistas. La carreta de bueyes todavía rueda por el camino, deja sus sonraderas en el prado, atraviesa un arco y da en un patio, pasa despaciosa y solemne entre charolados autos y motos polvorientas. El río, que entrega a Madrid su caudal para apagar la sed de los madrileños, arranca de un costado de Peñalara, y mana tan suave, mansa y dulcemente como el agua aquella que surgió del costado de Cristo en la lanzada de Longinos.

Quedan en el templo de El Paular el retablo, de un gótico increíble, como bordado y recamado a mano y con seda y oro, y la luz a torrentes y a fuego de colores en la magia del trascoro. Y la paciente y diaria labor de reconstruir aquel monumento matritense, piedra a piedra, columna a columna y arco a arco, para situarle de nuevo, en vigencia maravillosa, a la vera del valle sensacional, cuya grandeza y fertilidad dan paso al espíritu más ambicioso de captar sorpresas gozosas.

Ascenso por un bosque de pinos Balsaín y negrales, rectas y curvas entre la fragosidad balsámica de las coníferas, subida gustosa en una escala de luz con sol pálido y suave y sombra azul y morada, hasta plantarnos en el puerto de Navacerrada, con nostalgia de nieve, siempre fresco y airoso, donde

la gente veraniega llega de un mundo desconocido, cargada de equipajes, a una estación inexistente y a una ciudad ignorada. Y en un tobogán pinariego, en busca de ese otro valle desenvuelto por Siete Picos, y que Cercedilla extiende hasta los mismos pies de El Escorial, a la vista de la Maliciosa, Montón de Trigo, Peñota, Los Leones de Castilla y Abantos.

Esta es la Sierra madrileña del Guadarrama, entre la segoviana y la abulense, montañera, granítica y pinariega, para apañar amorosamente valles mollares y joyantes, donde los pueblos serranos, por los que antes corría el agua entre sus piedras, al albedrío, y cultivaban huertos, y pastereaban bovino cerril, hatos de cabras y rebaños de corderos, quedaron hoy casi disueltos en las agrupaciones de las colonias veraniegas, más pendientes de lo urbano que de lo bucólico, más dados al alquiler que a la honda y al azadón, como si Madrid hubiese tomado posesión de aquellos espinazos carpetovetónicos en un forzado anhelo de escapatoria.

El agua en tuberías, el teléfono, la electricidad, el tren, el auto, el libro, la moda, la civilización que no cesa en realizaciones, irrumpió allí, sin dar la media vuelta, de cara, metiéndose hasta por los atajos, levantando de sus sitios hasta las piedras.

¿Dónde queda el Guadarrama de don Juan Ruiz, el famoso Arcipreste, caballero en su mula, camino de la Tablada, la Fuenfría y el Otero?...

Julio ESCOBAR



Información provincial

El marqués de la Valdavia visita a los enfermos mentales dependientes de la Diputación

10-1-61.—El marqués de la Valdavia, presidente de la Diputación Provincial, se ha trasladado a Palencia para visitar a los enfermos mentales dependientes de la Diputación madrileña, entre los que distribuyó los obsequios con que anualmente regala a todos los acogidos la Beneficencia Provincial.

El marqués de la Valdavia, con el jefe de la Sección de Beneficencia, convivió unas horas con los enfermos y se interesó vivamente por la situación de los mismos, regresando muy satisfecho de su visita, tanto por el estado de los enfermos como del trato que reciben.

Se inauguraron los servicios de abastecimiento de aguas en Alcobendas y San Sebastián de los Reyes

A cuatro millones de pesetas ha ascendido el coste de las obras

16-1-61.—El marqués de la Valdavia, presidente de la Diputación Provincial, y los diputados provinciales don Antonio Torres y don Francisco Pozuelo; el Jefe de la Sección de Cooperación y Coordinación Provincial, don Magín San Román, y el ingeniero de Vías y Obras, don Angel Torres, se trasladaron a los vecinos pueblos de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes, donde se inauguraron los nuevos servicios de abastecimiento de agua, en los que la Diputación ha invertido 4.480.682,11 pesetas.

Con este motivo, en ambos pueblos pronunció unas palabras el marqués de la Valdavia, resaltando la impor-

tancia de las obras que realiza el Gobierno en la provincia de Madrid, y se refirió concretamente a las trascendencia de los nuevos abastecimientos de agua. Contestaron al presidente de la Diputación, con palabras de agradecimiento, los alcaldes de Alcobendas y San Sebastián de los Reyes, pueblo éste donde se inauguró, además, el servicio de alcantarillado, costeado por el propio Municipio.

La festividad de Nuestra Señora de la Paz en el Colegio de la Diputación Provincial

24-1-61.—En el Colegio Provincial de Nuestra Señora de la Paz se ha conmemorado la festividad de su Excelsa Patrona con un acto presidido por el marqués de la Valdavia y el diputado visitador del Colegio, don José Luis Palenzuela, a quienes acompañaban el director administrativo del establecimiento, don Urbano Méndez; el jefe de la Sección de Beneficencia, don Juan José Sanmartín Casamada, y el director del Colegio de las Mercedes, don Rufino Peñalva.

En primer lugar se celebró una misa cantada por el coro del Colegio, que fué oficiada por el capellán mayor de la Beneficencia Provincial, don Rafael Ortega, y en la que hizo el panegírico don Luis Sánchez de Tembleque, teniente mayor de la parroquia de San Vicente Ferrer.

Después, y en el salón de actos del Colegio, las niñas interpretaron con gran éxito diversos números musicales, y el presidente de la Diputación, marqués de la Valdavia, pronunció unas palabras de felicitación.

A mediodía se sirvió una comida extraordinaria, y por la tarde se celebró una función religiosa, con asistencia del arzobispo de Sión, doctor Muñozerro.

Más de 11 millones de pesetas invertidos en obras públicas en la provincia de Madrid durante 1960

10-1-61.— En la Diputación se reunió la Comisión Provincial de Servicios Técnicos, en la que se informó de la labor realizada durante el año 1960 en obras provinciales, y que es la siguiente:

Riego asfáltico del kilómetro 77 de la carretera nacional de Irún a La Hiruela, 1.545.000 pesetas; riego asfáltico del kilómetro 45 de la nacional de Irún a Pedrezuela, 161.400; riego asfáltico del camino de Valdelaguna a Colmenar de Oreja, 544.000; abastecimiento de agua a San Fernando de Henares y Coslada, 3.369.434,64; Casa del Médico en Santorcaz, 245.000; abastecimiento de agua en Colmenar de Oreja (segunda sección), 2.799.999,95; líneas eléctricas en los pueblos de El Berreuco, Robledillo de la Jara, Cervera de Buitrago y Sieteiglesias, 1.211.326,66; abastecimiento de agua en El Alamo, 1.231.793,14. Total, 11.097.954,39 pesetas.

Abastecimiento de agua a toda la provincia

Por último se acordó activar todos los trámites necesarios para la iniciación de las obras acordadas en el Pleno extraordinario, y que tiene como fin, principalmente, resolver el problema de abastecimiento de agua en toda la provincia de Madrid. Estas obras se refieren a la construcción de los embalses de La Jarosa, Ciempozuelos, Las Rozas y Majadahonda, cuyo coste está calculado en 250 millones de pesetas.

Presidió la sesión el marqués de la Valdavia.